

LA ONDINA DEL PLATA

PUBLICACION LITERARIA

DIRECCION Y ADMINISTRACION

En su Imp.—Santiago del Estero 176.

DIRIGIDA POR

LUIS TELMO PINTOS

APARECE LOS DOMINGOS

Precio de la suscripcion, 10 \$ al mes.

SUMARIO

La mujer y la poesia, por D. del M.—Gervasio Mendez (poesia), por Benjamina del S.—Sus ojos (poesia), por E. Fernandez y Espiro—En familia: Cartas de una madre, por Gustavo Droz—A ella (poesia), por Amelia Solar de Claro—Al ilustrado catedrático de filosofia Sr. D. Francisco F. Fernandes (poesia), por Zulema—Al declinar la tarde, por Adelfa—Porque me duele el alma (poesia), por Manco Capac—El dia de ánimas (poesia), por Ramon Oliver—Impresiones de viajes, por Eduardo Perié—A la señorita Josefina Montes Larrea (poesia), por Maria Rodriguez—Revista General.

LA MUJER Y LA POESIA

En el estado actual del mundo la mujer está en mejores condiciones que el hombre para cultivar la poesia; aun mas, hoy por hoy, toda mujer que no esté profundamente corrompida es un poeta. Pero esa poesia, general en el bello sexo, existe solo en estado latente; es preciso para que se manifieste, que venza la mujer un obstáculo mas que el hombre, que venza una preocupacion inconcebible y verdadera, sin embargo. La poetisa es un contrasentido social—dijeron los años de oscurantismo—la mision de la mujer es propender al bienestar físico del hombre, criarles los hijos, coserles la ropa, asearle la casa y, cuando mas, aformirle con el son mecánico del piano: para la poesia, para la música, para la pintura, para todo lo que nazca del alma aqui estamos nosotros los hombres, como lo prueba la historia, registrando en sus páginas el catálogo de los artistas, entre los cuales aparecen Safo y Corinna como dos apóstatas del bello sexo. Esto dijeron; y nosotros, sin pararnos á considerar la dosis de sentido comun que tuviera esa sentencia le dimos carta de naturalizacion,

asfixiando, por decirlo así, el alma femenil, mas tierna, mas sensible, mas ideal que la nuestra, harto materializada con el roce de la sociedad moderna, positivista de suyo y mas inclinada por lo tanto á lo útil que á lo bello.

Tres ó cuatro poetas brillando en un lapso inconmensurable de tiempo, tres ó cuatro músicos cantando en el silencio de infinitas centurias, tres ó cuatro pintores trasladando al lienzo perecedero un momento de la eternidad, hé aqui lo que presenta la historia

Y ese tan corto número de escogidos entre tantas generaciones sucesivas, ¿probará otra cosa sino que la calidad de artistas no es inherente al hombre; que el poeta es una excepcion en la humanidad, y que son necesarios, por lo tanto, ciertos misteriosos accidentes fisiológicos para que se realice por completo esa excepcion tan poco comun de la regla general? Y si la generacion de la calidad artistica es un misterio, si el génio es quizás un efecto del organismo particular del individuo, si no consiste en ninguna de las cualidades físicas, intelectuales ó morales que no se le ha colocado nunca en las mismas condiciones sociales ó históricas que el hombre; ¿cómo probar su ineptitud para las bellas artes, de un modo convincente y justo por medio de la historia? Cortando al águila sus plumas, ¿probaremos que ha nacido para arrastrarse como la serpiente, en el lodo de la tierra? ¿Cuántas mujeres habrán con esfuerzos inauditos, sofocado la música arrebatadora de su alma, como oculta la doncella el amor espontáneo que germina en su seno al sol de la juventud!

Lanzado el hombre en la inmensa Babilonia de la sociedad moderna, en que truenan á la vez, las pasiones políticas con la explosion de la pólvora, las empresas industriales con el silbo estridente del vapor, las ideas filosóficas con la gran voz de la prensa; envuelto en la terrible batalla de los intereses individuales en que le es preciso á cada cual combatir contra

todos los otros, y arrastrado, en fin, por el soplo horracoso de las opiniones, hacía un porvenir incógnito, como el errante hebreo de la leyenda, apenas si le queda lugar suficiente para sentir que á mas de la inteligencia late en su cuerpo un corazón sensible. No tiene, pues, tiempo para ser poeta.

Colocada la mujer por el orden social y la costumbre, en regiones mas tranquilas, lejos de las grandes polémicas en que se discuten los problemas que mas interesan al mundo moderno, indiferente á la política, ajená á la ciencia y á la industria, se entrega á todo aquello que abandonaron ya los hombres, á los dulces sentimientos del corazón, á las encantadoras quimeras de la fantasía, á los sueños ideales del alma: se acoge á esa hada riquísima que se nombra Imaginación; se apodera del amor en todas sus manifestaciones y con todos sus hechizos; llama en torno suyo á la música que huye del combate, á la poesía que calla entre los fardos del comercio; y adornada y enriquecida con todas esas galas de los siglos poéticos, orgullosa de verse mas ideal que el hombre, engrandecida por el sentimiento de que lleva en su seno la humanidad por venir, se levanta como la pitonisa sobre el tripode de la inspiración, y al lanzar la primera nota de su lirismo arrebatador... encuentra que las cuerdas fueron cortadas por la imbecil preocupación de otras edades. Recoge entonces su sentimiento y le guarda en el seno como en un santuario; sobre él se inclina en sus horas melancólicas y oye en silencio y temblando de emoción, el canto que tarde oiremos nosotros, en castigo de nuestra orgullosa injusticia.

La poesía, tal cual la concebimos nosotros, consiste en la expresión de los mas profundos sentimientos del corazón humano, de las ideas mas bellas del alma, de los pensamientos mas nobles de la inteligencia, ora se canten en el ritmo cadencioso del verso, ora se digan con la ingénita libertad de formas que caracteriza el lenguaje vulgar; y ¿quién vence á la mujer en sentimiento, en imaginación, en entusiasmo? quién habla con mas unción, con mas imágenes, con mas dulzura? quién tiene mas ilusiones, mas presentimientos y mas ratos de inspiración que este bello y dulce ruiseñor de la humanidad, cuya misión en el mundo es la

mas grande, la mas santa, la mas poética que podemos imaginar? Abnegación y amor toda ella, la mujer es para nosotros el símbolo de la poesía.

D. DEL M.

GERVASIO MENDEZ

*Son cœur est luth suspendu
S'ilôt q'on le toudre resonne.*

BERANGER.

Pura como las lágrimas del alma,
Triste como el ¡ay! del moribundo,
Bello como la luz de la alborada,
Grande como los ámbitos del mundo
Brotó en el alma
Un sentimiento
Que levanta al poeta infortunado
Desde la tumba de su cuerpo enfermo.

Aromas de jazmines y azahares,
Tristes quejas del alma abandonada,
Elegías dulcísimas del ave,
Suspiros de la madre acongojada,
Gemidos, lágrimas,
Ayes, exhalan
Esos cantos que vibran tristemente
En las trémulas cuerdas de su arpa.

BENJAMINA DEL S. . .

Buenos Aires.

SUS OJOS

Aquellos negros y rasgados ojos
Eran las luces del altar de mi alma,
Donde se alzaba esplendorosa siempre
La imagen de mi celica esperanza.

Entre las flores
Que yo arrancaba,
Arrobado de dicha y de contento,
Para adornar su frente inmaculada.

Eran claras, purísimas estrellas,
Luceros de mi noche solitaria,
Que derramaban sus fulgores pálidos
En el sendero de mi vida ingrata,
Donde el estruendo
De la desgracia

Iba apagando el eco enternecido
Del que buscaba del amor la palma.

E. FERNANDEZ Y ESPIRO.

Buenos Aires, 1876.

EN FAMILIA

III.

CARTAS DE UNA MADRE

«Las que necesito, mi querida Maria, son las gorritas de tres piezas. Ten la bondad de enviarme el modelo de las fajas de tu invencion. Te doy mil gracias por tu colchita; es flexible, ligera, de abrigo, preciosa, y mi hijo, entre esa lana blanca, parece un boton de rosa escondido entre la nieve. Me hago poetica, ¿no es verdad? Pero ¿qué quieres! mi pobre corazon se desborda de alegria. ¡Mi hijo! Cuando oí el agudo grito de ese pequeño sér que mi madre me enseñaba desde lejos en su delantal, me pareció que un estremecimiento circulaba abrasándome por mis venas. Grité y lloré. Allí se encontraba la cabeza calva de mi doctor, y yo me apoderé de ella y la besé tres veces.

—Pero cálmese usted, querida,—decía.

—Calle usted, doctor, ó vuelvo á besarle. Díme usted mi hijo, mi amor. ¿Está usted bien seguro de que es un chico?

Y en la sala donde toda la familia esperaba el acontecimiento, oía, en medio de los besos, estas palabras deliciosas:

—Es un chico; un chico hermosísimo.

Mi pobre marido, que en doce horas no se habia separado de mí, destrozado de fatiga, lloraba y reía en un rincon de la alcoba.

—Vamos, envolvedle pronto. Nada de alfileres; cintas, no quiero mas que cintas... Ea, venga el chico; ustedes no entienden una palabra.

Y el buen doctor vistió en un momento á mi hijo.

—Tiene facha de coronel este chico. Ponerle en la cuna con una botella de agua caliente á los pies. No mucho fuego, sobretudo en la habitacion del coronel; reposo, y qué todo el mundo se marche.

Por la rendija de la puerta abierta, mi tia Úrsula decia á media voz:

—Doctor, déjeme usted entrar para darle un beso.

—Que se vaya todo el mundo,—respondia.—Necesito silencio y calma. No estamos en casa.

Luégo añadió el doctor:

—Jorge, ven á abrazar á tu mujer, y acabemos. La pobre ha estado muy valiente. Anda, hombre; ven á darla un beso, si no quieres que se lo dé yo. Mira que lo haré como lo digo.

Jorge, inclinado sobre la cuna de su hijo, no oía nada.

—Bueno; ahora me va á ahogar al coronel.

Mi marido llegó por fin, y me estrechó fuertemente entre sus brazos. Cuando mi corazon no estalló en aquel momento, es por que Dios pensó sin duda que necesitaba de él.

Ya lo sabes, mi buena Maria; Antes de tener un hijo, los matrimonios se aman, pero se aman por sí, mientras que luego se aman por él, por él, que con su manita ata la cadena para siempre. Dios permite que el corazon se desdoble y se ensanche: el mio estaba lleno; sin embargo, llegó mi hijo, y encontró sitio en que albergarse. Nada se desborda y siento que aún queda sitio para mi madre y para tí. Tú me lo habias dicho, y me habias dicho la verdad. Es una vida nueva: la vida del amor profundo, de la abnegacion deliciosa. Toda mi existencia pasada me parece insignificante, incolora, y creo que comienzo á vivir. Estoy orgullosa como un soldado que se ha

batido. Esposa y madre, son nuestras charreteras: abuela, es el baston de mariscal.

¡Qué dulce voy á hacer la existencia de estos dos seres amados!... ¡Cómo voy animarlos!... Estoy loca; lloro, y quisiera abrazarte. Creo que soy demasiado feliz.

Mi marido es muy bueno. Tiene su hijo con una torpeza tan graciosa; hace tantos esfuerzos para levantar ese pequeño fardo... Cuando me lo trae envuelto en el cubrecama, anda despacio y como si el piso fuera á hundirse delante de él; luego coloca el tesoro en mi cama sobre la almohada; le arreglamos, le instalamos, y si después de muchos esfuerzos logramos hacerle sonreír, nuestra dicha es inmensa. Algunas veces mi marido y yo permanecemos mirándole, con las cabezas apoyadas en nuestras manos; seguimos en silencio los movimientos inseguros y encantadores de aquel ángel de uñas sonrosadas, y en esta contemplacion comun encontramos un encanto tan profundo de felicidad y de calma, que para arrancarnos á ella se necesita algun acontecimiento.

Tenemos sobre la forma de su frente y el color de sus ojos discusiones que te harian morir de risa, y que acaban siempre haciendo sobre el porvenir proyectos que serán locuras, pero que nos hacen dichosos.

Jorge quiere lanzarle á la diplomacia. Dice que tiene la mirada apropiada, que sus gestos son raros, pero llenos de malicia. ¡Pobre embajador mio, que no tiene mas que tres pelitos, como Roussel! Pero ¡qué deliciosos son esos tres pelitos, ó por mejor decir, esas tres hebras de oro que se desprenden de su nuca, donde el cutis es tan fino, que excita á besarlo!

Yo no sé, amiga mia, qué lazos invisibles nos unen á nuestros hijos. ¿Es acaso algo de nuestra alma, una parte de nuestra vida, lo que les anima y hace vivir? Algo ha de haber de esto, porque yo leo en las nubes de su pensamiento, adivino sus deseos, sé cuando tiene frío, cuando tiene hambre.

Pero el momento delicioso es aquel en que, después de haber tomado su alimento de la noche, de haberse atracado de leche como un gatito goloso, se duerme en mis brazos, que lo mecen. Sus miembros caen lentamente, su

cabeza se inclina sobre mi pecho, sus ojos se cierran, mientras que su boca entreabierta repite aún los movimientos regulares que hacia para mamar.

Su respiracion tibia y húmeda desflora mi mano que le sostiene. Entónces le envuelvo cuidadosamente en mi falda levantada, escondo sus piececitos bajo mi abrigo, y le miro. Allí le tengo; mio, sobre mis rodillas. No hay un movimiento de su sér que se me escape y deje de vibrar en mí. Siento en el fondo de mi corazon un espejo que le reproduce. Le siento á la vez todo entero; creo que aún está en mí. No es mi vida la que le alimenta, mi voz la que le duerme y le calma, y mi mano la que le viste y le acaricia, le tranquiliza y le sostiene? Y la idea de que soy toda para él añade un encanto de deliciosa proteccion á la dicha de haberle dado la vida.

¡Cuando pienso que hay mujeres que pasan al lado de estas ternezas sin reparar en ellas! ¡Locas!

¡Sí; el presente es bello, y yo me embriago de felicidad. Hay tambien el porvenir envuelto entre nubes. Yo pienso en él con frecuencia, y no sé por qué me estremezco como al aproximarse la tempestad.

¡Tontería! ¡Yo le amaré tan discretamente! ¡Le haré tan ligero el peso de mi cariño! ¡Por qué se ha de alejar de mí? ¿No sabré yo convertirme á tiempo en su amiga? Cuando una sombra negruzca aparezca en su labio sonrosado; cuando el pájaro, sintiendo fortalecerse sus alas, quiera tender el vuelo y buir del nido, ¿no sabré yo, por medio de lazos invisibles, retenerle en estos brazos en que hoy se duerme? Tal vez en ese desagradable momento que se llama juventud de los hombres me olvidará por un instante. Otras manos que las mías separarán los cabellos de su frente de veinte años. ¡Ay! Otros lábios se posarán ardientes donde se posan los míos, y borracha con un beso veinte años de caricias. Si; pero cuando vuelva de ese embriagador y penoso viaje, destrozado, transido, se refugiará en los brazos que hoy le mecen, y esconderá su cabeza donde ahora la tiene: me pedirá que enjague sus lágrimas, que le haga olvidar los sinsabores del camino, y yo, llorando de alegría, le daré el beso que consuela y hace esperar.

Pero veo que te estoy escribiendo un volúmen, mi buena María. No quiero leerla, porque no me atrevería á enviarte esta carta. ¿Qué quieres! Pierdo la cabeza. Aún no estoy acostumbrada á tanta felicidad. Soy tuya.»

CUATRO AÑOS DESPUES

«... Si, amiga mia; es un hombre, un hombre completo. Ha vuelto del campo gordo, crecido y travieso como un diablillo. Se sube en las sillas, pára los relojes, y se mete las manos en los bolsillos como un propietario.

Cuando por la mañana veo en la antesala los zapatos de mi hijo, ostentándose orgullosos al lado de las botas paternas, pienso á pesar mio, en ese pasado, aun tan próximo. Ayer los pañales, hoy las botinas, mañana las espuelas. ¡Dios mio! ¡Qué pronto pasan los dias felices! ¡Ya cuatro años! Apénas podria con él, suponiendo que su dignidad de hombre le permitiera dejarse llevar en brazos, porque su dignidad de hombre comienza á ser quisquillosa. Pasa la mitad de su vida armado en guerra: por toda la casa se encuentran sus pistolas, sus fusiles, sus látigos y sus sables. Hay en sus movimientos una franqueza que me encanta.

No vayas á creer que mi diablillo no tiene nada de bueno; tiene sus horas de ser ángel, y me devuelve con largueza mis caricias. Por la noche, despues de comer, se sube en mi sillón, me coge la cabeza entre las manos y me peina á su gusto. Su fresca boquita se pasea por mi cara, y me da multitud de sonoros besos. Tenemos conversaciones interminables. Los ¿por qué? llueven como granizos, y todos ellos exigen verdaderas respuestas, porque la inteligencia de las niños es ante todo lógica. En prueba de ello, te contaré una frase suya.

Su abuela está un poco enferma, y él todas las noches añade á sus oraciones estas sencillas palabras:

—¡Dios mio, dad la salud á mi abuelita, á quien quiero tanto!

Pero, para mayor claridad, añade:

—Ya sabéis, Dios mio; mi abuela vive en la calle de San Luis, piso principal.

¡Dice esto con una expresion de inocente confianza y una seriedad tan graciosamente

cómica!... Quiere ahorrar á Dios la molestia de averiguar las señas.

Te dejo; le oigo toser: no sé si ha tomado frio; pero desde esta mañana le encuentro abatido. No te burles de mí, pero estoy inquieta.

Te abrazo de todo corazón.»

«Ayer huho consulta. Al marcharse el médico tenia los ojos humedos; se escondia, pero yo le ví; vi aquella lágrima. ¡Mi hijo está muy malo! ¡Esta idea es atroz, amiga mia! Quieren tranquilizarme... ¡pero tiemblo!

La noche no ha sido mejor. Sigue la calentura. ¡Si vieras á lo que se ha reducido su cuerpo, que admirábamos tanto! No quiero pensar en lo que Dios me reserva. Han mandado que se le ponga nieve en la cabeza. Ha sido necesario cortarle el pelo. ¡Pobres ricitos rubios, que el viento agitaba cuando corria!

Tengo horribles presentimientos. ¡Hijo mio! ¡Pobre hijo mio! Está tan débil, que ni una sola palabra sale de sus lábios secos y descoloridos. Sus grandes ojos, que brillan aún en el fondo de sus órbitas, me sonríen de cuando en cuando; pero esta sonrisa es tan dulce y tan tenue, que parece un adiós. ¡Un adiós! Pero ¿qué será de mí?

«No, yo exagoro sin duda.

Esta mañana, creyéndole dormido, no he podido contener un zoloso. Entónces se han abierto sus lábios y me ha dicho muy bajo, tan bajo, que he tenido que acercar la cabeza para oírle:

—¿Me quieres, mamá?

¡Que si le quiero!... Me moriria...

Tu antigua amiga».

NIZA.

«Me han hecho venir aquí y no me encuentro mejor. Cada dia estoy más débil. Por otra parte, ¿de qué quieren curarme?

Si no volviese á París, en mi armario de espejo encontrarás sus últimos juguetes; aún se ven en ellos las señas de sus dedos. A la izquierda está el ramo bendito que habia sobre su cama. Que sólo tus manos toquen á esto. Quema esas queridas reliquias, pobre

testigos de una felicidad destruida. También quiero... Los sollozos me ahogan.

Adios, amiga mia. ¡Qué quieres! He edificado mucho en terreno movedizo. He querido demasiado de una vez.

Tuya de corazón.

GUSTAVO DROZ.

(Continuará).

A ELLA

¿Adonde estás; oh madre idolatrada!
Que, en el triste desierto de la vida
Hoy busco, congojosa y fatigada,
Anciano en tu regazo
Mi frente reclinara?

¿Adonde estás?... La brisa vagorosa
Solo responde de mi voz al eco,
Diciéndome al oído temblorosa:
¡No esperes en la tierra
Sus ojos contemplar!.....

Rauda, cual ave que remonta el vuelo
En pos de blanca, transparente nube,
La paz buscando en incesante anhelo,
¡Querube misterioso
Purísima se alzó;!

Y escapando del mal al torbellino
Que amenaza á las almas elegidas,
Cumplido acá en la tierra su destino,
¡Tras la inmortal corona
El vuelo encaminó!...

¡Eleva, oh alma mia, tu mirada
Y la verás en luminoso asiento,
De eternas siemprevivas coronada,
Que el Sol no descolora
Ni troncha el huracán!

Largos días gimió sobre la tierra
Que enluta del dolor la sombra oscura,
Mas, ya á la copa que la vida encierra
Aplica el labio ardiente,
Sin hartura ni afán.

No flores de su ausencia los enojos;
Si al golpe doloroso de la muerte
Dijó en la tierra pálidos despojos,
¡Su alma desatada
Libre por fin voló!....

Y en el recinto del Eden gustando
La ansiada paz, la eterna venturanza,
Siempre madre, mis lágrimas mirando
¡En perlas de consuelo
Su amor las convirtió!

AMELIA SOLAR DE CLARO.

Santiago de Chile, 1872.

AL ILUSTRADO CATEDRATICO DE FILOSOFIA

Sr. D. Francisco F. Fernandez

(En su album)

El hombre que difunde las luces de la ciencia
Llevando de la mano la noble juventud,
Merce que coronen sus sienes con laureles
Pulsando en honra suya las cuerdas del laud.

Proscripto en esta tierra de nobles Orientales
Sin aspirar el grato perfume del hogar,
El astro de su génio disipará sus males
La fé de sus creencias su pena ha de calmar.

Pues no ha de ser eterna su soledad, su ausencia
De aquella patria amada que oyóte pronunciar
El nombre de sus padres, sus hijos y su esposa,
Unido al de la augusta, sagrada libertad!

.....
.....
Cuando volvais á ella tened siempre presente
Que en esta ciudad heroica llamada Paysandú,
El corazón os guarda un tierno sentimiento
Que en nuestro bello idioma se llama gratitud!

ZULEMA.

Octubre 28 de 1876.

AL DECLINAR LA TARDE

¡Qué intensas y desconocidas impresiones, se apoderan del espíritu al contemplar en verano el caer de la tarde: esa divina *aurora vespertina*!

La lucha que sostienen los últimos fulgores del día, con las próximas sombras de la noche; los lejanos ruidos de la población, el lúgubre tañir de las campanas llamando á la oración: todo esto unido, llenan á la naturaleza de tan tierna melancolía, que se contagia á las almas sensibles é impresionables.

La blanda brisa nos trae entre sus leves alas, perfumes y armonías que llegan á nuestro oído como una caricia, como un lamento de un ser querido!

Las flores que se columpian lánguidamente en sus tallos, se inclinan unas á otras, para darse el último beso de amor antes que las perlas del rocío evapore su perfume arrobador.

En medio de esta melodía de la naturaleza, el espíritu se eleva y quiere traspasar los límites del infinito!

El alma que sufre, encuentra un lenitivo para sus males en esas contemplaciones: en el hálito que exhalan las flores perfumando el aire de la tarde, en el susurro de las auras que estreñecen las plantas; cree percibir un ¡ay! de otra alma dolorida, y una lágrima silenciosa se desliza por su mejilla y se confunde con un suspiro que se llevan los aires, lejos, muy lejos!

Cuando por fin, triunfante de aquella oscilación de luz y sombra, aparece en nuestro hermoso cielo la luna, esa pública viagera de la noche, y rasgando con sus argentados rayos el oscuro azul del firmamento, besa las altas copas de los árboles, entonces, presa la mente de una alucinación le parece hallarse en las regiones polares, en donde en el verano la noche es un perpetuo día; pues el sol irradia en el cielo con todo su esplendor...

ADELFA.

Buenos Aires, Noviembre 19 de 1876.

PORQUE ME DUELE EL ALMA

(BALADA)

Porque constantemente

Se fijan tus miradas

En los azules cielos,

En las tranquilas aguas?

Que buscas pobre niña

¿Que buscas solitaria

Sentada tristemente

A orillas de la playa?

Lloras acaso dime,

Tus muertas esperanzas?

—Si lloro, pobre anciano

Por que me duele el alma:

Ves esas sombras ténues

De nubecillas blancas

Que cruzan los espacios

Mecidas por las auras

Por los postreros rayos

Del sol iluminadas?

Ah! ved anciano en ellas

Mis muertas esperanzas,

Así cruzaron bellas

Los cielos de mi alma

Mas ¡ay! los huracanes

Me las llevaron raudas

Se fueron y me dejan

Perdida y solitaria

Sentada á las orillas

De la desierta playa!

Ah! buen anciano lloro

Por que me duele el alma.

—Pero reten el llanto

Y espera resignada

La vuelta de tus dulces

Y alegres esperanzas.

No llores que el que espera

Dicen que siempre alcanza.

—Ay! no que el pecho mío

No espera nada, nada,

Porque perdió hace tiempo

El alma de su alma.

Un día con los ojos

Todos llenos de lágrimas

Me dijo: adios, olvidame

Mi prenda idolatrada.

Olvídame que corro

A defender la patria
 Que esclavizar intentan
 Las enemigas lanzas;
 Y dándome un abrazo
 Dejéme abandonada
 Llorando su partida
 En la desierta playa.
 De entonces nunca espero
 En nada, anciano, en nada
 La muerte solamente
 Es mi única esperanza.
 —Morir por que angel mio
 Por que mi niña amada.
 —Ay muero buen anciano
 Porque me duele el alma....
 —Y á orillas del oceano
 En las desiertas playas
 Suelen bañar las olas
 Su tumba solitaria
 Que las primeras luces
 Recibe con el alba
 Y de las tristes tardes,
 Las últimas miradas.

MANCO CAPAC.

Buenos Aires.

¡ EL DIA DE ANIMAS !

Apenas los celages de la aurora
 Anunciaron el dia de las ánimas,
 A implorar por el alma de los muertos
 Al santo templo dirigí mi planta.

En el recinto del Señor Supremo
 Doblaba tristemente la campana,
 Y un virgo sacerdote en ese instante
 El santo Sacrificio celebraba.

Lo escuché con fervor. Nunca he rezado
 Nunca elevé tan fervida plegaria
 Como en aquel instante en que pedia
 El consuelo y la paz para las almas.

Y al dirigir hácia el altar sagrado
 Con fervoroso anhelo la mirada,

Ví postrada implorando por su padre
 De mis amores á la virgen casta.

Era ella... la misma, siempre hermosa
 Siempre sencilla, angelical y cándida
 Parecía un arcangel de los cielos
 Enviada para alivio de las almas!

¡ Que bella estaba así, puesta de hinojos
 Con sus doradas trenzas á la espalda,
 Y en sus rubias pestañas oscilando
 Las gotas cristalinas de sus lágrimas !

Era la blanca estrella que aparece
 Entre las sombras de la noche pálida.
 Parecía un destello de la aurora
 Fulgurando entre nubes enlutadas.

Vestia tan humilde, tan sencilla
 Estaba tan divina mi adorada,
 Que aumentando mis preces fervorosas
 Yo me postré de hinojos á adorarla!

¡ Fué en ese instante de placer sin nombre
 Fué allí bajo la bóveda sagrada,
 Que hice á Dios el solemne juramento
 De eternamente con delirio amarla !

RAMON OLIVER.

Buenos Aires, Noviembre de 1876.

IMPRESIONES DE VIAJE

Estoy en Córdoba, la ciudad monumental de la República Argentina y al pisar su recinto he sentido despertarse en mí, los recuerdos de mi edad primera, fulgores poéticos y sublimes cuya reverberacion guardamos en nuestra mente, como meciéndose entre el dulcísimo chasquido del beso de nuestra madre y los primeros estremecimientos de nuestra alma; ora cuando en su infantil ingenuidad busca á Dios entre las capas de aire que pasan en oleadas despojando la atmósfera, ora cuando sentimos por primera vez ese latido gigante que conmueve nuestro corazón diciéndole ¡ despierta !

Al contemplar la transparencia de este cielo recordaba que en mis primeros años anodado ante la magestad de la creacion, me preguntaba casi delirante ¿qué sería del mundo si nosotros no viviéramos? ó por mejor decir, ¿para qué hemos nacido? Primera reflexion del espíritu que se borra en el oceano del pensamiento, como la estela que imprime un buque en el mar; pero que luego, cuando los años y los estudios vienen á lanzarnos en el camino de la investigacion de las verdades científicas, volvemos á sentirla mas potente, mas distinta y mas magestuosa, elevarse desde el fondo de nuestra alma, ya en alas de la contemplacion, ya cuando los primeros effluvis de la duda vienen á barrenar nuestra fé á pesar nuestro.

Córdoba sin ser una ciudad atrazada ni contener una sociedad intransigente, tiene algo de monástico, de severo, de ascético, que choca necesariamente á los que estan acostumbrados á habitar en poblaciones bulliciosas. En efecto: las cúpulas de sus templos, que ninguna novedad ofrecen á los que como yo han visitado las primeras catedrales de Europa, las tópias de sus conventos que ocupan manzanas enteras, el frecuente clamoreo de sus campanas y la escasez de transuntes; dan á la mayor parte de sus calles un aspecto de desolacion y tristeza, que nos sumerge aun apesar nuestro en el mundo de los recuerdos. Y es que la ciudad española hállase engastada, por decirlo así, en la ciudad moderna, en lucha perpetua con los innovadores, y como admirada de que haya habido quien se atreva á desgarrar sus severas vestiduras, ó á disimular su magestuosa ancianidad.

Despues de haber visitado varias de sus iglesias, pobres en comparacion de los templos de la vieja Europa, pero adornadas interiormente la mayor parte de ellas segun el gusto moderno, mas propio en mi juicio de la morada del hombre que del templo de Dios; encaminéme hácia el paseo, joya inapreciable que adorna y embellece la ciudad, y que dirá al travez de los siglos, aqui estuvo España.—Os ha dejado sus iglesias y sus monges, sus creencias, su fé, sus leyes, sus municipios, fuente de todas las libertades, os ha dejado su sabia, su energia, su altivez y su valor; y como si todo esto no fuera bastante, os ha dejado á manera de exvoto el

paseo del lago, concepcion de Lopez, el ingeniero poeta, que soñando tal vez con la Córdoba de allende los mares, apellidada la reina de Sierra Morena, ó con la poética Granada, quiso realizar aqui, algo que fuera una reminiscencia de los vergeles andaluces.

En efecto, un gran estanque en cuyo centro se alza un templete á manera de kiosko, una calle de álamos y sauces que lo circunda y algunos asientos de mamposteria subdivididos por unas pequeñas verjas de hierro; es todo lo que constituye eso que llaman paseo de Sobremonte y que yo califico de oasis de Córdoba. —Nada mas sencillo ni mas encantador que aquella laguna artificial encajada entre árboles y en cuyo fondo se retratan de un modo fantasmagórico, desde las estrellas del firmamento, hasta las luces de los vecinos edificios. ¿Qué cordobés, qué viagero no ha ido á sentarse á la sombra de sus copudos sauces, contemplando como al menor soplo de las brisas, principian á risarse las verdes aguas del lago?

La primera vez que lo visité reinaba el viento norte, las ramas de los árboles murmuraban algo que se parecia á un canto de la naturaleza: sentémé en uno de los bancos para gozar á mi placer de aquel panorama, pero el viento, fué arreciando por instantes y los árboles se tornaron seres animados. Ya no era ese murmullo magnético que os produce una dulcísima y encantadora lacidud, sus ramas habian cobrado vida; y ayes, lamentos, gemidos, sonrisas, imprecaciones, recuerdos del pasado, temores del porvenir, se escapaban de sus hojas, como si el génio de los aires les hubiese mandado que me contasen sus cuitas y sus pesares, sus esperanzas y sus alegrías: yo absorto contemplando aquellas grandes moles de verdura y escuchando lo que me decian, pasé cerca de dos horas olvidado del mundo real, pues aquellos gemidos de la enramada, venian á recordarme las escenas que han presenciado, los acontecimientos que han pasado junto á ellos sin conmovellos, y despues remontandome mas léjos, el ruido sublime de los pinares de mi tierra que ora semeja el zumbido de las abejas, ora el murmullo de las olas cuando van á lamer mansamente la débil franja de arena que contiene y aprisiona su poder, ora el ruido de la catarata ó el fragor de la tempestad, segun

la fuerza del viento que sacude sus altas y pobladas copas.

Poco á poco fué cediendo el norte, y la enramada volvía á su calma natural como admirada de lo que me habia contado; y Quiroga, el Chacho, Paz, Urquiza, Sobremonte, escenas de desolacion, arranques de entusiasmo, esperanzas, decepciones, un mundo en fin de fantasmas y recuerdos, mundo que tornaba á guarecerse bajo la esmeraldina vestidura de los árboles, como si fatigado del esfuerzo que habia hecho, á impulso de no sé que fuerza galvánica, ó desconocida, volviera á sumergirse en el no ser, arrepentido de haber revelado á un mortal los secretos del pasado. Despues, el rey del día plegando su crencha de oro ocultóse tras las cumbres de la Sierra, sonaron las campanas tocando el *angelus* y despues de haberme recreado un momento mas en las aguas del lago, entremé por la preciosa calle del 27 de Abril en la cual se encuentra mi morada.

Al desembocar en la gran arteria de la poblacion que es un espacio boulevard moderno, titulado calle de San Martin, detúvome el eco de una canturia, que sin tener la magestad del canto llano, poseia algo de esas notas severas y armónicas que contiene la música religiosa: en efecto, poco despues pasaba junto á mí la procesion de la virgen del Rosario que celebran los plebeyos. No es tan hermosa como la procesion de las señoras, me dijo un amigo que se me acercó; el cual me impuso que ocho dias antes habia tenido lugar la funcion que aquellas hacen á la misma advocacion de la virgen.

Parecióme un anacroismo lo de señores y plebeyos tratándose de una funcion religiosa, y sobre todo en un pais tan republicano y tan democrata como la República Argentina, pero pronto otras ideas asaltaron mi mente. Contemplaba la efiegie de la madre de Jesus, adornada con ese gusto churigueresco que se ha apoderado de las cufradias y asociaciones religiosas, no como la demostracion práctica de un culto religioso, no como una reminiscencia gentilica de la cual no pudo divorciarse el cristianismo en sus primeros tiempos; sino como la apoteosis de la mujer manumitida por Jesus y santificada en su madre. Creia asistir á una de las

procesiones de mi Andalucia; así es que impresionado mi espíritu por el espectáculo del paseo, aquella manifestacion religiosa pasó ante mí como una vision de mi infancia, como un eco repercutido del primer *Te-deum* de mi alma hácia Dios, cuando niño aun iba á arrodillarme en la capilla de mi pueblo ante la virgen del Rosario; nombre que resuena desde entonces en mi oido, como una nota del infinito, reflejo de los primeros effluvios de mi alma de poeta, cuando los dolores y los desengaños no habian venido aun á empañar el cristal de mi inocencia.

Despues pensé en lo mucho que he leído, aunque con escaso provecho, en el Dios que me revela la ciencia; mas grande, mas sublime y mas magestuoso que cuanto hayan podido inventar los hombres; en los martirios que sobre la criatura en este mundo; y despues de haber pesado en la balanza de mi conciencia, la imposibilidad de instruir á las masas y el consuelo que estas encuentran en la religion cristiana, exclamé desde lo mas íntimo de mi alma: ¡Dichosos los que creen!

EDUARDO PERIÉ.

Córdoba, 15 de Noviembre de 1876.

A LA SEÑORITA

JOSEFINA MONTES LARREA

En la muerte de su amiga Mercedes Jatemar.

Tu lloras á una amiga que la muerte
Del pensil de la vida la arretala,
Que hasta el lazo ¡oh dolor! mas sacrosanto
Con cortante guadaña lo desata.

Si! lloras á la amiga de la infancia
Que afecto delicado te brindaba,
Y que á tu alma sensible Josefina,
De celestial contento la llenaba.

Y bien! lloras á ese lirio candoroso,
Que entreabriendo su cáliz perfumado,
El horrendo huracan ha sacudido
Y la aurora lo encuentra deshojado.

Ay, Dios! el velo de eterna noche
Tendió sobre ella denso capuz!
Sus ojos dulces ya se cerraron,
Para en la tierra no ver mas luz.

Mas su alma pura, sublime y bella
Tendió sus alas á otra region,
Donde es eterna la venturanza
Bajo los sueños de casto amor.

MARIA RODRIGUEZ.

Paysandú, Octubre 3 de 1876.

REVISTA GENERAL

SUMARIO.—Descripción del figurín—Al público—Narciso Serra—Charada—Nuevos suscritores.

En seguida insertamos la descripción del figurín repartido con el número anterior.

No aparece la *Crónica de Modas* por falta de espacio.

Por la misma causa suspendemos la publicación de algunas composiciones que hemos recibido estos últimos días.

1.º Traje de fular rosado—pollera de cola completamente lisa. Túnica adornada de dos hileras de blonda inglesa. *Honiton*: esta misma mas ancha, forma por detras elegantes pliegues y viene á caer sobre la falda.

Bata de faldas punteadas abiertas por detras hasta la cintura con un moño de cinta; blonda inglesa al borde y en la pechera.

La manga bastante corta está abierta en el codo y adornada de blondas.

2.º Traje de seda azul marino, pollera sin cola rodeada de un buche y un volado plegado adornado de tafetan color crema.

Dos delantales sobrepuestos rodeados de volados color crema van á perderse en las costuras de los costados.

La pollera está cubierta por detras por dos anchos volados. Coraza guarnecida por detras. Las mangas tienen moños color crema, la coraza botones de nácar.

Sombrero azul marino adornado de gaza color crema y plumas de este mismo color.

AL PÚBLICO

Habiéndose terminado la impresión de las *Poesías* de Gervasio Mendez, la Comisión da cuenta al público de la inversión de los fondos colectados con este objeto:

ENTRADAS

Producto de donaciones, segun las listas publicadas. \$ 5375

SALIDAS

Noviembre 17—A la Imprenta de *La Tribuna*, por la impresión de mil ejemplares del libro. 3250

Noviembre 18—A De Marsico Hermanos, por encuadernación de idem 750

Noviembre 24—A la Imprenta de *La Tribuna*, por impresión de 500 circulares para enviar el libro á domicilio. 80

Noviembre 25—Entregado al Sr. Mendez segun recibo. 1295

Igual—5375

Buenos Aires, Noviembre de 1876.

Rafael Obligado—Cárlos Vega Belgrano—Pedro Gomez—Martin Coronado—Jorge Argerich—Gregorio Uriarte—Luis T. Pintos.

Parece que el talento estuviera destinado á desenvolverse en medio de amarguras infinitas, de dolores profundos. Cuando se estudia la historia de la literatura, cuando se sumerge el pensamiento en las edades que pasaron; se ven levantarse del panteon de la gloria, rodeados de una auréola esplendente y luminosa, á Homero y Ossian.

Y bien ¿quién era el cantor de la Grecia antigua? ¿Quién el bardo de las montañas de Erin? Dos seres desvalidos.

El épico cantor vivió y murió circundado de sombras. La mano de Dios puso una venda sobre sus ojos: no vió la luz del día.

El vate de Escocia, si bien fué iluminado por el sol del génio, fué privado como Homero de la luz de ese otro que envia sus rayos ardientes al planeta que pisamos. . . .

Milton y Camoens, Gilbert Moreau, ingenios que siempre hendecirán los siglos arrastraron durante su tránsito por este mundo, la pesada cruz del mártir.

Hacen veinte años apenas, bajaba al sepulcro, agobiado por el peso de sus dolencias, extenuado, Enrique Heine. La desgracia abatió su cuerpo, le sacudió con violencia; pero su espíritu magnánimo y grande, se elevó al cielo en nubes de perfumes: el ay! que arrancara á su corazón envuelto el sentimiento y los afectos tiernos.

Bajo el cielo de América—como lo hemos dicho en este periódico no ha mucho tiempo—el dolor forma también poetas. Pedro Elera, en Lima; María Mujía, en Sucre; viviendo entre tinieblas, arrancan chispas divinas á esa piedra filosófica que solo saben labrar los que manejan con maestría el cincel del artista. Entre nosotros (para qué repetir su nombre!) se desenvuelve un talento poético en medio de cruels pesares, de penas indecibles...

Estos pensamientos que apuntamos, se han agolpado á nuestra mente, al leer en un diario de España las líneas que van á continuación. Las transcribimos por que se refieren á un poeta muy apreciado y querido en el mundo literario.

«Narciso Serra, dice el periódico aludido, acaba de inspirar la conmiseración de los artistas y públicos madrileños, por que hace muchos años se encuentra imposibilitado para moverse y sufriendo las consecuencias de su triste situación. Le han dado un beneficio que estuvo concurrentísimo, leyéndose, entre varias composiciones del beneficiado, una dirigida á las damas, de las cual tomamos los versos siguientes que están impregnados de ternura y melancolía.

Vierta en vosotros el hado
venturas á manos llenas,
y él os libre de las penas
que sufre el beneficiado;
que en tan triste situación,
sufriendo mil desengaños,
lleva ya catorce años
enclavado en un sillón.

Me paralizó los huesos
de una manera inclemente
un horroroso accidente;
dejándome, empero, ílesos
el alma para sentir,
la frente para pensar,
el corazón para amar,
la mano para escribir.

Así que de anhelo lleno
mi parte al mundo reclamo,
¡cómo que escribo y qué amo
como si estuviera bueno.

«Es imposible, describir la emoción reflejada en los semblantes de todos durante esta

lectura interrumpida á menudo por los bravos de los oyentes, premiada con las lágrimas de las espectadoras. Cuando concluyó, S. M. el rey dió de nuevo la señal de los aplausos, á los que se asociaron sin distinción cuantos ocupaban las diferentes localidades del coliseo.

Narciso Serra lo merece todo por su infortunio, por su talento, por su laboriosidad, cuyos hábitos tan arraigados en él no ha perdido ni en los amargos días de la adversidad.»

*
*
*
CHABADA

Paseábase pensativo á corta distancia de una planta de segunda y tercera, cuando vi á una niña que acompañada de su criada se dirigía á ella, sin duda con el objeto de cojer algunos de sus frutos; pero al alargar la mano para tomarlos, la retiró vivamente. Me acerqué preguntándole la causa de ello y me contestó sonriendo que se había hecho una tercera repetida en la mano. Con ayuda de un alfiler pudo sacarle la espina con que se había herido. Nos separamos entonces, ella dándome las gracias por la cura y yo bendiciendo mi todo por haberme deparado tan feliz casualidad.

M. N. U.

Concepcion del Uruguay, Noviembre de 1876.

*
*
*
A continuación van los nombres de los nuevos suscritores.

Guesalaga Enrique	
Beovide Francisco	
Cano Manuela	
Boriano J. M.	
García Fernandez Mignel	
Corso Francisco	(Paso de los Libres)
Niveiro Martin	"
Godoy Dolores	"
Soli Augusto	"
Aguirre Tráncito	"
Gognet Luis	"
Raggio Agustín	"
Gil Gregoria	"
Navarro Luis M.	"
Rosa Gerónimo	"
Sivori Santiago	"
Orbiz Cipriano	"
Desserar Carlos	"
Arevalos Juan	"
Brán Francisco	(Comp. del Uruguay)
Martínez Benigno F.	"